

Así trató Lessing de establecer un nuevo ideal de vida, en una época de caos, de crisis. Fué algo más que un representante de su momento. Fué un genuino punto de partida con Klopstock, con Wieland.⁽¹⁾ La literatura de su época estaba divorciada de la vida. Primaban—pedantes—la trivialidad, la afectación, Y ningún ideal, ningún anhelo. De aquí, sus esfuerzos para humanizar la literatura, por identificar la literatura con la vida Y aún más, fué de los que no se conformaron con señalar la ruta. Él mismo se puso también en camino. No es una audacia afirmar que su propia obra literaria, siguió las aspiraciones de su obra crítica. Y consiguió convertir una literatura doméstica y raquíca en una literatura del mundo.

Lessing: Unamuno.—Casi es imposible resistirse a bosquejar un paralelo entre Unamuno y Lessing. No se pretende la afirmación rotunda, sino la constatación pura. Si indagamos el pensamiento de Lessing, no vacilaremos en percatarnos, ante todo, de la falta de Sistema. (Schlegel ha calificado de anti-sistemático a su método). Tal vez de la misma manera, como tampoco encontramos frialdad. El pensamiento huye de la sistemación por su propio vitalismo. La libertad, la vida, es tan esplendida que se desborda de sistema más elástico. A Unamuno, se vacila para designarle el calificativo de filósofo—a Unamuno de España, que—ella—tanto la ha ambicionado siempre—por que, se afirma, carece de pensamiento sistemático. Tal vez, si el sistema viniera a ser, en este ir y venir en las rutas de la filosofía, un carnet de libre circulación, una intangible carta de ciudadanía—cuyos medios de adquisición, por otra parte, habría que investigar en muchos casos.

Tanto Lessing como Unamuno—temperamentos de lucha—se escapan de la regla o la evaden. El sistema constituiría una limitación. Y ellos, justamente, han insurgido contra las limitaciones, contra las formalidades.

En realidad, en medio de toda esa obra tumultuosa hay una inquietud espiritual, un estado de espíritu maravillosamente orientado, que tiene una dirección, que sigue una ruta, lo que constituye un sistema que se escapa siempre de la forma y que es puro espíritu. Su sistema estará en evadirse, sistemáticamente, de toda sistemación. El mejor sistema: no seguir ninguno.

Unamuno y Lessing cultivan con fervor la paradoja. Es esta una característica que se observa en todos los pensadores sistemáticos. La paradoja es posible sólo en grandes sensibilidades. La paradoja, yendo contra la lógica, supone algo más que ella, algo más que la fría intelección: su superación. Es antes que un fenómeno de sutileza intelectual, un fenómeno intelectual, un fenómeno de sensibilidad del que sólo es capaz el artista.

Pero frente al Unamuno paradójico, ante todo está el Unamuno lógico. Pocos lucen, como él, la sutilidad del razonamiento, la perfección de la argumentación. La *Vida de Don Quijote y Sancho* es, en esto, el más irrefutable documento. Y la fuerza del diálogo de Lessing, en sus dramas—anota Dilthey—⁽²⁾ «no proviene de su fantasía, ni de sus imágenes, sino de su energía lógica de ese arte de combinar el pensamiento que aprendió en Leibnitz...» Y, fuera de su literatura, en la polémica, en

la teológica, sobre todo, pocos habrán llevado el razonamiento con tanta maestría.

Unamuno escribió en la introducción a la *Vida de Don Quijote y Sancho*—y en toda su obra existe esta intención—anatematizando la tendencia que inculca, como virtud, el apartamiento de la política y de la religión. Y política y religión son, precisamente, vida. Lo que se cree una virtud no es más que desfallecimiento, debilidad, conformismo. Y Unamuno que lo dijo y Lessing que no lo dijo, viven la lucha política y religiosa. En ambos palpita una misma inquietud por la suerte y por el credo de sus pueblos. La polémica, la discusión—Unamuno-Ganivet: polémica política; Lessing-Goeze: polémica religiosa—es la manifestación más fiel de esa inquietud vital.

Sobre el pensamiento se eleva el valor de la acción. La esencia del hombre es la acción, dice Lessing. El destino humano no es la especulación, no es la visión artística, sino la acción ⁽¹⁾. Y de la obra unamuniana se ha dicho también que es «la religión de la acción por la acción» ⁽²⁾. Quizá sea en este punto, en el que más se acerca Lessing al sentido de nuestra época. Está aquí—, en su concepción y en su propio y aún más auténtico ejemplo personal del hombre «operante»—el sentido íntimo del homenaje en su bicentenario.

El mundo en que nace y crece Lessing está saturado de teología. Era una época «difusa y estéril», dice Goethe ⁽³⁾. Toda concepción del mundo y de la vida, todo ideal, todo concepto tenía una influencia: la teológica. Su rebeldía—juvenilidad—insurge contra

⁽¹⁾ Dilthey, obra citada.

⁽²⁾ ADRIANO TILCHER.—*Voci del tempo*.—Roma, 1921. (Unamuno).

⁽³⁾ J. W. V. GOETHE.—*Dichtung und Wahrheit*.—Buch 7.—Berlín, 1871.

esa atmósfera. También Unamuno, nace y crece en una época parecida. Uno combate el falso protestantismo y el otro señala el falso catolicismo, el que no es cristiano. Ambos claman por una mayor pureza, por una mayor comprensión. Pero comprensión razonadora, especulativa. Ambos quieren que la religión no sea cosa de la razón, que no se pruebe con la «cochina lógica». Claman por que en ella haya sentimiento, que se sienta y no se piense, no se razone, porque el sentimiento y no la razón es lo vital, pues religión es vida. Y ante la vida adoptan los dos esa actitud crítica. La discusión, la polémica, la acción y no el frío argumento. Y donde hay inquietud, donde hay polémica, donde hay vida, hay también contradicción. Vida es contradicción y contradecirse es vivir. Así lo hizo Lessing—no lo escribió porque creía que más importante era vivir y pensar las cosas que escribirlas—, y así lo ha escrito y hecho y hace Unamuno.

Centenario: Visita.—Termina el año del bicentenario. El visitante se despide. Se nos queda prendido su recuerdo. En la atmósfera queda también algo extraño, como extraña ha sido la reacción que ha provocado en nosotros. Ya se huele distinto: se huele a visitante: reconfortación. Es el olor precisamente contrario a este tufo, agotante, que se aspira en las bibliotecas. Sentimos un firme, erguido, olor de vida. Han cobrado tono—adrenalina!—nuestros pensamientos. Tiene su gesto de despedirse prudentísima discreción, incansable sugerencia: Pero no es el visitante que asegura pronta vuelta: no asegura nada. De asegurar algo, sería lejana vuelta, difícil vuelta, tal vez imposible vuelta. Vuelta implica ida, y, posiblemente, en irse no más, necesite como una centena.

Estuardo Núñez

Alfonso Cortés

En casona vieja de León, casa que fué ilustre y donde antaño holgadamente vivió la hidalga familia descendiente de españoles, hay ahora la aflicción de la estrechez que sobre Nicaragua toda ha acarreado la intervención yanqui en sus diversos aspectos desde hace veinte años, y acentuándose se personifica en la figura de un loco: Alfonso Cortés.

A Alfonso Cortés hay que tenerlo encadenado. Para casa de locos no hay dinero en Nicaragua, donde sin embargo el Gobierno que los yanquis han impuesto, (la bayoneta turnándose con el hambre para llevar a los ciudadanos a las urnas electorales a consagrar a los candidatos escogidos por el interventor) ha podido comprar caro para revender barato al Gobierno de los Estados Unidos terrenos de particulares donde actualmente con dinero del pueblo se construyen los puertos y las carreteras para esos puertos sobre el Golfo de Fonseca que el Gobierno de los Estados Unidos ha deseado. De manera que hay que encadenar a los locos en casa.

Antes que el yanqui creara esa situación no había casa de locos tampoco. Es cierto. Pero para el loco había la libertad de la ciudad. Los locos de León eran famosos: La Gabriela, incansable contadora de un cuento de hadas del que ella era la protagonista principal: Le habían robado la cabeza y puesto otra que no era de ella; le habían robado su cabeza bellísima, de cabellos de oro, de ojos de hurí, la misma que lucía sobre hombros de nieve Doña Margarita Lacayo de Lacayo, y ella, la pobre Gabriela, había perdido no sólo su encanto y su novio sino que también su fortuna; en cuanto recobrara su cabeza le serían entregados sus tesoros, y me enviaría una carretada de oro y de diamantes: Yo, niño, la escuchaba deleitado: Los niños la escuchábamos

con encanto.—Y había don Goyo, que se había vuelto loco de ser tan sabio en matemáticas; viejecito sin iras, preocupado sólo por el misterio de que cinco y cinco son diez, de que tres y dos son cinco, para lo que, efectivamente, no hay razón válida ninguna: ¡Cuánto mejor no fuera el mundo si, de repente, cinco y cinco diesen veinte, o diesen nueve! Se podría creer en todo, y seríamos como los ángeles, libres, que no encadenados por unas crueles leyes de lógica inquebrantables pero sin razón de ser; porque no hay razón para que nada sea nada y ser Dios es poder sumar nada y nada y que resulte algo.—Y había Batallón «Batallón conchudo, hijo de la vaca pinta», como le gritábamos todos, chicos y grandes, para enfurecerlo. Batallón era más eficiente que cuanto yanqui experto en sanidad nos ha llegado después. Valía por una docena de Instituciones Rockefeller. Batallón recorría la ciudad recogiendo papeles y cuanto fuese fácil de quemar, y les pegaba fuego a grandes montones de basuras recogidas contra los muros de la Catedral. Odiaba a Dios, odiaba a Cristo, quería incendiar el imponente templo que los españoles construyeron en León. Y sin embargo, era manso con los animales. Saludaba a los bueyes. Amaba a los perros sin dueño, a los perros de la ciudad que iban de casa en casa mendigando, y que también, sin ser contratados por Ministros de Nicaragua en Washington, cooperaban en la limpieza de la ciudad. Hoy se gasta un dineral en yanquis, y si no fuera por los zopilotes, la peste nos arrasaría a todos en Nicaragua. A Batallón, un muchacho con mejor puntería que los demás, y que los grandes, le sacó un ojo de una pedrada. Tuvo que irse de León el desgraciado muchacho, tal fué la ira que la ciudad le lanzó encima. Porque León quiere a sus locos. Orgullo mío de niño era

⁽¹⁾ V. Dilthey obra citada.

⁽²⁾ Obra citada.